



TRAS LAS ALAMBRADAS DE BRAM

Pablo Gasca Andreu

TRAS LAS ALAMBRADAS DE BRAM



Primera edición: junio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pablo Gasca Andreu

ISBN: 978-84-18828-16-4

ISBN digital: 978-84-18828-17-1

Depósito legal: M-18193-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A la memoria de la Escuela «fusilada»; en recuerdo de los
otros mártires, ...los maestros republicanos, luz de los humildes.*

INTRODUCCIÓN

Me desperté sobresaltado y sudoroso. Las sensaciones oníricas inquietaron mi ánimo y me fui tranquilizando al reconocer el rústico camastro y el habitáculo donde pasaba, con frecuencia, noches de vigilancia en torno al rebaño de la liara.

La mañana estival parecía atrapada en un anormal y extraño silencio. Los primeros rayos de sol chocaban en los cinglos de la serranía que protegía los pastizales mancomunados donde la dula de mi pueblo tenía sus derechos.

Un desasosiego inusual se apoderó de mí. Un mal presentimiento afloraba a mi mente sin poder evitarlo. Intenté evadirme con la realización de las tareas cotidianas, pero no lo conseguí.

Al anochecer, decidí bajar a la aldea. El camino era sinuoso y angosto, pero tan familiar que la guía de mi perro y la seguridad de mi cayado atajaron la distancia con rapidez. Ya veía las primeras luces cuando, desde la penumbra, una voz conocida me detuvo:

—Párate, Mateo.

Reconocí enseguida la silueta menuda de mi primo Andrés e intuí que algo iba mal. Me extrañaron los pertrechos que llevaba, incluida, en bandolera, la vieja escopeta de caza de su padre. Me pareció temeroso y muy alterado. Sin reponerme de la sorpresa, me puso en antecedentes de lo sucedido la noche anterior.

—Por la tarde, en dos coches negros y brillantados, habían llegado de la capital una decena de individuos, todos muy jóvenes, uniformados y armados con pistolas. Contaron que la patria es-

taba en peligro y que graves disturbios conmocionaban España. Sacaron a la gente de sus casas y, amenazantes, la reunieron en la plaza. Quitaron la vieja bandera republicana del ayuntamiento y la sustituyeron por otra rojigualda. Lanzaron gritos y consignas que obligaban a repetir brazo en alto. Después de casi acabar con las existencias de vino de la taberna y exaltándose con desconocidos himnos, sacaron un papel y leyeron una lista de siete nombres conminándolos a presentarse inmediatamente ante ellos.

Ante el estupor de la gente y la incredulidad de los nominados, entre los que estaban nuestros padres, fueron encerrados, sin oponer resistencia alguna, en el patio de las escuelas. El resto del pueblo fue amenazado y obligado a volver a sus casas sin comprender lo que sucedía. Ya por la noche, se oyó el ruido fatigoso de un motor y alguien vio a los prisioneros maniatados subir a un camión.

Luego, el pueblo quedó sumido en un inquietante silencio. Unas horas después, los aldeanos en vela quedaron paralizados al oír el eco lejano de unos sonidos sordos y continuados.

Aturdido y confuso por el relato, abracé a Andrés, llorando desconsoladamente. Pensé en mi padre y mi tío, sin entender su tragedia. Eran hombres justos y buenos; honrados campesinos que aspiraban, desde el Ayuntamiento, a ampliar las tierras comunales y mejorar las condiciones de vida de sus conciudadanos, siguiendo las directrices agrarias del Gobierno republicano. Quedé perplejo, asimismo, al conocer que otro de los desaparecidos era D. Saturnino, el maestro.

Las lágrimas saltaron otra vez al pensar en mi madre y mi hermana. El primer impulso fue ir a mi casa y abrazarlas, pero Andrés me disuadió al completar la información de los cambios habidos aquel día en el pueblo. La situación era muy peligrosa para nuestras familias y había sido precisamente mi madre quien enviaba a Andrés a buscarme para huir o escondernos en el monte.

Así comenzó la odisea que me ha traído hasta aquí. Nos vimos abocados a participar en una contienda que nos envolvió en

sus miserias y heroísmos, convirtiéndonos en piltrafas humanas. Omito los detalles y penurias que sufrí hasta llegar, en la primavera de 1939, hasta el campo de concentración de Bram (Francia). La foto del mismo que tengo en mis manos y que refleja la llegada de nuevos internos aviva mi memoria evocando los comienzos de mi tragedia. Estoy solo y enfermo. Andrés murió en el 37 en una escaramuza en Codo, cerca de Belchite. No sé qué será de mí ahora. Solo tengo 21 años. Mi destino está encadenado al de cientos de miles de españoles tragados por la vorágine de la incompreensión, la intolerancia y el rencor.

CAP. I.- AÑOS DE ESTUDIO Y ESPERANZA

1933-1936

El vuelo majestuoso de los buitres moteaba un cielo limpio sobre los páramos resecos de olivares sedientos salpicados de cepas emparradas que alumbraban promesas espumosas. El estío agonizaba en suave atardecer aliviando a curtidos rostros campesinos que apuraban la faena antes de que el crepúsculo declinara la penumbra definitiva. Anochecida de rebaños enfocando las esquilas a apriscos de vetustas majadas y rediles reconfortantes. Hombres y bestias transitaban garbosos sobre veredas polvorientas buscando en lontananza la familiar silueta del soberbio caserío del pueblo que invitaba a la placidez del descanso.

El municipio de tamaño medio —2.000 habitantes— se desparramaba al reser de los orgullosos cinglos que lo protegían del ábrego y del cierzo en murallas naturales que servían de contrafuerte al sulsido terreno. Las casas se abrazaban en estrechas callejuelas que desembocaban en la plaza Mayor, donde se alzaba la iglesia principal del pueblo rematada en una esbelta torre con vestigios mudéjares. Dos pórticos almenados jalonaban el semicírculo de soportales y una espléndida barbacana con vistas al río cerraba el contorno. La puerta oriental comunicaba con la otra plaza monumental donde destacaba la casa consistorial en magnífico edificio barroco acompañado de la vetusta posada y varios edificios con ricos portones adintelados en los que se incrustaban motivos heráldicos.

El casco histórico de origen árabe albergaba también una pequeña aljama, la iglesia cisterciense de un humilde monasterio en ruinas, restos de la antigua mezquita y varios humilladeros a la salida del pueblo. Ya en las eras y pegado a la parte occidental del cinglo, vestigios del poderoso castillo templario que controlaba esta zona fronteriza del Bajo Aragón.

Debajo de la carretera comarcal que circunda el pueblo, dos riachuelos convergentes se han abierto camino entre las rocas calizas como aflados podones hiriendo sus entrañas para esculpir cárcavas y resaltes modelados por la segura erosiva componiendo un espacio natural increíble. Un graderío de pozas y cascadas desagua a una hermosa vega cuyo verdor suaviza la dureza luminosa del terreno para recreo y disfrute de los lugareños que, además, los surte de sabrosas frutas y hortalizas.

Un lugar apacible de gentes amables y laboriosas con espíritus templados y serenos que se realizan en el trabajo diario. Sobrios y austeros, aspiran a modestas propiedades que dejar a sus hijos. No hay grandes latifundios, pero sí terratenientes ambiciosos que se aprovechan de la escasez de tierras de sus convecinos para utilizarlos como mano de obra barata. Salvo algunos hacendados medios, todos dependen de los jornales que les ofrecen. La escasez de tierras comunales limita a los posibles emprendedores que se tienen que ofrecer como braceros de los propietarios ricos o emigrar a otras tierras.

El advenimiento de la República y sus reformas agrarias alimenta esperanzas de estos jornaleros pobres que verán posibilidades de mejora para ellos y sus familias. Sin embargo, persistirá la desigualdad y vendrán las frustraciones. Las tensiones frecuentes avivarán la fractura social en bandos excluyentes. La brecha se ensanchará paulatinamente hasta que el abismo sea insalvable.

Así es el lugar en que he nacido y vivido la existencia de mis felices y despreocupados 16 años. Pertenezco a una familia de agricultores acomodados, propietarios de viñedos, olivares y rebaños de ovejas y cabras. Gran parte de esta hacienda proviene de la dote que

aporta mi madre —de pudiente familia— al matrimonio cuando se desposa con mi padre, primogénito, a su vez, de casa acaudalada.

Habitamos casona señorial de dos plantas y una tercera de falsa, granero y buhardillas. La baja se compone de un gran patio empedrado que se comunica con las cuadras que ocupan dos pares de buenas mulas y una yegua zaína. Un habitáculo para los dos criados de la casa, la cocina con leñero, una despensa y dos trasteros completan los espacios. Un gran portón de madera noble con doble batiente horizontal se remata en travesía adintelada sobre la que descansa semicírculo adovelado con sillares de piedra labrada en forma de cuña. En el hueco central, el blasón familiar. El edificio se ubica en el centro del casco histórico, en la llamada plaza del Ayuntamiento.

Ildefonso y Adela, mis padres, conforman una alianza perfecta de amor y armonía. Ellos son todo el universo para mi hermana Inés —12 años— y para mí. Puedo afirmar que he tenido una infancia muy feliz, sin contratiempos y con las atenciones debidas. Hemos recibido una educación en la tolerancia, el respeto y la solidaridad. Han predominado los valores éticos sobre el adoctrinamiento religioso propio de la época. Naturalmente, estamos bautizados, hemos hecho la primera comunión y yo estoy confirmado. Sin embargo, el integrista religioso, propio de familias como la mía, no ha calado en nosotros. Mi madre, muy crítica con la educación recibida en las monjas de Alcañiz, ha querido de sus hijos mentes abiertas y librepensadoras. Fuera dogmas y absolutismos, dentro el racionalismo y la lógica. Mi padre, huérfano a temprana edad, se ha hecho a sí mismo. Sin estudios, pero dotado de una gran inteligencia natural, rentabilizó e incrementó el patrimonio familiar hasta convertirlo en una de las mejores haciendas del pueblo. Ya casado —con reticencias en casa de mi madre— y con la dote aportada por ella —rica heredera de localidad limítrofe—, trabajó duro y constante con resultados óptimos. Hombre justo y honrado, supo ganarse la amistad de sus convecinos para envidia del cacique Roque y otros ricachones que lo tildan de débil por

excederse en *justicia y solidaridad* con los braceros. Pagaba salarios dignos y daba un buen trato a sus jornaleros, que lo reconocían con mejores rendimientos, cosa que reconcomía a sus competidores, rácanos y mezquinos.

Estamos en el verano de 1933. Mi padre, republicano convencido, se entusiasma con los planteamientos reformistas del agro español. Es verdad que las estructuras agrarias del Bajo Aragón son muy distintas del campo andaluz o extremeño, pero hay algunos problemas comunes que merecen soluciones parecidas.

Yo permanezco ajeno a estas circunstancias y la coyuntura política me es indiferente. Pienso en las merecidas vacaciones de verano antes de afrontar el próximo curso. Acabo de ser bachiller. He trabajado duro y he aprovechado bien las clases particulares de D. Saturnino, el maestro, para superar los exámenes con brillantez.

Mi padre hubiera querido que trabajara con él y seguir la tradición familiar. La verdad es que me interesan las faenas del campo. Me gusta guardar el rebaño y es tarea que hago a menudo. Amo la naturaleza, el aire puro; adoro el silencio de la sierra; siento la armonía natural del monte, los sonidos de la nocturnidad o la relajante soledad de la amanecida. Sin embargo, la opinión de mi madre ha prevalecido y con mi aquiescencia, estudiaré Magisterio. Quieren que mi hermana Inés haga el Bachillerato en el instituto de educación secundaria en Teruel, mientras yo estudio en la Escuela Normal.

Mi madre no había decidido algo tan importante para mi futuro de forma inopinada, fútil o vacua. No era un capricho nimio, sino algo meditado y bien madurado. No sabíamos de su conversación previa con el maestro¹.

Su formación académica era muy superior a la propia de un

1 D. Saturnino Seral Marcuello nació el 8 de febrero de 1900 en Fraga (Huesca), donde su padre, guardia civil, estaba destinado. Mayor de cuatro hermanos, mostró pronto inclinación docente y disposición para el estudio. A los 15 años, pudo ingresar en la Normal de Zaragoza para realizar Magisterio según Plan de 1914. Durante cuatro años, certificó su vocación docente, que ratificó al aprobar la oposición en 1920. Ejerció en varias localidades bajo aragonesas hasta recalar definitivo en mi pueblo, en 1925.

maestro normal, pues había estudiado el Bachillerato general e iniciados estudios universitarios. Soltero, vivía enteramente entregado a su profesión, que ejercía con esmero y dedicación. Obsesionado por erradicar el analfabetismo en el medio rural, daba clases gratuitas para adultos y gestionaba la biblioteca municipal animando a la lectura e incrementando sus fondos bibliográficos.

Pequeño de estatura, calvicie prematura, desaliñado en el vestir y su ligera cojera —consecuencia de la polio—, ofrecía una estampa de desamparo que las buenas gentes del lugar remediaban con cariño y deferencia. Su autoridad moral irradiaba respeto y consideración en el pueblo en el que se sentía plenamente integrado. Sus alumnos lo veneraban por su sapiencia, bondad y tolerancia. Sin embargo, su espíritu librepensador, sus avanzadas ideas, su mente racionalista chocaban muchas veces con los atavismos conservadores y autoritarios de los jerarcas y mandatarios del municipio. Era la única fuerza viva a la que se le desterró del casino de los ricos. No le importó, en absoluto, y todos los días encontraba tiempo para ir a tomar café al casino mercantil con los llanos y sencillos y jugar la ritual partida de guiñote.

Evidentemente, se entusiasmó con la filosofía educativa que trajo la República y se subió al carro del apoyo con rapidez y diligencia.

Defendía con vehemencia el nuevo Plan Profesional para la Formación de los Maestros, la propuesta de construcción de escuelas y, sobre todo, las Misiones Pedagógicas.

Para un seguidor como él de las directrices de la Institución Libre de Enseñanza, el patronato suponía ratificar y potenciar sus propios planteamientos de libertad de conciencia para el maestro y alumno que propugnaba la nueva ley educativa. Obvio decir que la supremacía de una enseñanza pública, laica, gratuita y mixta le parecía lógico.

D. Saturnino explicó a mi madre, con detalle, los planteamientos educativos de la ley y especialmente el Plan de Formación para maestros de primaria.

Este es el universo educativo en que voy imbuirme los próxi-

mos años, primero como sujeto-receptor del proceso de enseñanza-aprendizaje y, luego, como sujeto-emisor del mismo. Cada vez me ilusiona más la idea de ser maestro. Es un cometido de mucha responsabilidad, pero apasionante.

D. Saturnino y mi madre acordaron un programa de preparación intensiva para superar la prueba de ingreso a la escuela Normal de Teruel.

Así, pues, consciente de lo que me jugaba, acudí con confianza y fe, junto a mi amigo *Cosme*, dos horas diarias a casa del maestro, durante más de dos meses de aquel decisivo verano de 1933.

Toda la familia me arropó en los dos días que duraron las pruebas. Empecé algo nervioso por la trascendencia de los resultados, pero poco a poco mejoraban mi confianza y mi seguridad al comprobar que todo iba bien. Ofertaban ocho plazas para 33 aspirantes, así que debía sacar una buena nota. Desconfiaba de mi nivel de francés, pero vi, enseguida, que no había motivo. Al final del primer día, estaba bastante satisfecho de mis respuestas, lo que reforzó mi creencia y determinación en lograr el objetivo. El segundo día, noté la ausencia de algunos opositores que desistieron de su empeño, incrementando las posibilidades de los demás y agilizando el transcurrir de las pruebas.

Por la tarde saldrían los resultados, pues habíamos acabado antes de comer. Efectivamente, así fue. Fui felicitado con efusión por mi familia pues, con un 8,75, había sacado la segunda mejor nota de todos. Desgraciadamente, mi compañero Cosme no lo había conseguido y eso empañó algo mi euforia. Hubo celebración por todo lo alto y regalos: material escolar, ropa y una bicicleta nueva.

En una semana, comenzaban las clases. Mi madre, con reticencias por nuestra parte, nos acomodó en casa de su hermana Enriqueta, que regentaba una tienda de ropa en la capital. Pensó que éramos demasiado jóvenes —sobre todo Inés— para vivir sin tutela. Con la promesa de futura autonomía, si todo iba bien, acatamos su decisión.

I.1.- Curso 1933-34

Las primeras semanas del curso me parecieron de locura. No teníamos un aula fija y según la clase nos iban ubicando en distintos dependencias. La organización de los espacios era anárquica, pues convivíamos alumnos de tres planes diferentes —Plan de 1914, Plan Cultural y Plan Profesional— en varios cursos.

Además, el edificio que albergaba la Normal era inapropiado para la docencia. Constreñido en tres plantas, de habitáculos limitados, pasillos obturados, sin la intimidad necesaria para las clases y con escaleras entarimadas y ruidosas. No había espacios comunes de estudio, biblioteca o recreo. Los alumnos de los tres planes simultaneaban horarios de clase, por lo que el comienzo y final de los periodos lectivos era caótico y embarullado. Fue inevitable la reestructuración de estancias asignando a cada programa su correspondiente planta.

Cesó el trasiego vertical de estudiantes, los cambios de clase mitigaron sus bullicios y alborotos y se redujo la barahúnda general. Como las ratios eran reducidas —no más de 15 alumnos—, las actividades lectivas y las rutinas se normalizaron.

Por decir algo positivo del vetusto edificio, destacaré su monumental fachada modernista, habitual, por otra parte, en los inmuebles oficiales de Teruel. Gran portón semielíptico adovelado con decoración ajedrezada jalonado por dos pequeños vanos. Balaustrada de forja en la planta principal que da salida a dos grandes ventanales adintelados que se rematan con decoración geométrica. Dos ventanas abalconadas con rejas de buena forja complementan

el piso superior. En el centro del frontispicio sobresale blasón heráldico de escudo de armas.

El primer curso del Plan Profesional comprendía nueve asignaturas muy variadas. Destacaban las metodologías especiales de las materias instrumentales de Lengua, Matemáticas y Ciencias Naturales. Sin problemas para mí con la Filosofía y el Francés. La materia más novedosa era la Psicología, a la que dediqué especial atención y apasionamiento. También me gustaban el Dibujo y la Plástica. Sin embargo, la Música se me atragantó desde el primer momento. No carecía de voz y buen timbre, pero mi oído musical era deficiente. Además, estaba el hándicap de no haber estudiado Música y Solfeo en el Bachillerato al hacerlo libre. En resumen, tenía un problema serio con esta materia. Me aprendía bien la teoría y para la práctica me aprovechaba de los conocimientos musicales de mi hermana Inés, que había recibido lecciones de piano y solfeo de Dña. Regina en el pueblo. Por fortuna, la tía Enriqueta era una apasionada de la música y disponía de un viejo clavicordio en casa.

A finales de octubre, percibí en la ciudad un cambio sustancial. Su calma serena y tranquila se alteraba algunas tardes con alborotos y jaleos inesperados. Villa de seminario y recogimiento, de sosiego y lenidad, de placidez y quietud trocaba en distorsión y bullicio sin que yo comprendiera el motivo. Una fría tarde de noviembre, al terminar las clases, un compañero con el que había intimado bastante me sugirió ir a un *meeting*.

—¿Qué es eso, Pedro? —pregunté extrañado.

—¿No sabes lo que es un *meeting*? —poniendo cara de asombro—. Es una reunión organizada por un partido político en la que varios oradores explican a sus afiliados y simpatizantes lo que piensan de los problemas del país y cómo solucionarlos.

—Claro, ahora me explico la cantidad de gente que hay todas las anochecidas en el centro, especialmente en esa plaza nueva que acaban de inaugurar, del Torico, creo que se llama —afirmé con rotundidad.

—Me han hablado de un interesante mitin del Partido Socialista en los bajos del mercantil, ¿te apetece ir? —comentó Pedro.

—Bueno, vamos; pero, ¿por qué estas reuniones, ahora? —dije con curiosidad.

—Pero, Mateo, ¿en qué mundo vives? ¿No te has enterado que el día 19 de noviembre hay elecciones generales en todo el país? —replicó incrédulo.

Así fue como asistí a mi primer mitin político. El improvisado local estaba rebosante y casi no pudimos entrar. Varios cientos de personas enardecidas esperaban ansiosas el comienzo del mismo. Nubes de humo chocaban con el techo, expandiéndose en atmósfera irrespirable de olores indefinidos y carraspeos irrefrenables. Cuando los oradores tomaron la palabra, fueron interrumpidos varias veces por los asistentes con fuertes aplausos, con vivas y mueras y con coreo de consignas. La incomodidad hizo larga la duración del evento. El canto de la *Internacional*, con banderas y puños en alto, dio fin a la reunión que siguió en la calle, en improvisada manifestación hasta la plaza del Torico. El ambiente era festivo, pero noté agresividad y crispación en la gente. Pedro estaba eufórico, exultante y gesticulaba con vehemencia y nerviosismo.

—Ha sido magnífico, ¿verdad, Mateo? —inquirió sonriente. Guardé un dubitativo silencio de expectación y le contesté:

—Ha sido interesante —y me despedí con un lacónico—: Hasta mañana, Pedro.

Camino de casa, medité en la experiencia vivida en asociación con la convocatoria de elecciones sin captar la trascendencia de las mismas. No comprendía la transformación experimentada por Pedro, un muchacho tímido, sosegado e incluso flemático, después del mitin. Parecía otra persona, agresiva, sanguínea y con atisbos de cólera. Solo era un año mayor que yo y no entendía su nivel de compromiso.

Sin embargo, empecé a discernir los cambios advertidos en la ciudad, pues los días siguientes fueron inquietantes y estremece-

dores. Hubo conferencias, asambleas y concentraciones de todas las formaciones políticas, con tal profusión, que toda la ciudad se convirtió en un inmenso recinto mitinero de manifestaciones transgresoras y violentas. Los altercados y alborotos cotidianos hacían peligrosas las calles. Altavoces estruendosos en pintorescos vehículos recorrían sin parar las calles de Teruel *rompiendo la hora* permanentemente, vomitando consignas y cánticos que alteraban el discurrir cotidiano de la ciudadanía. No me extraña que el personal anduviera nervioso y taciturno.

Si esto ocurría en una ciudad de provincias, pequeña e insignificante para el contexto nacional, qué locura delirante serían las grandes capitales del país. Bandos irreconciliables disputaban el voto de la manipulación, el miedo y la ignorancia. Pareciera que las calles españolas ensayaran, cruentamente, hipotéticas y virtuales batallas de una futura guerra.

Un Teruel gris y azarazado recibió al día 19 de noviembre, pero pronto se vio que no iba a impedir la afluencia masiva de las gentes, embozados ellos y abrigadas ellas, a las urnas que determinarían el futuro próximo del país. Efectivamente, presurosas parejas, ancianos vacilantes, melindrosos grupos de monjas, resueltos grupos de jóvenes, bizarros proletarios, burgueses presuntuosos, etc. se encaminaban a sus colegios electorales, observados por guardias de asalto estratégicamente situados. La ciudad recuperaba su civismo de alma calmosa y espíritu sosegado.

No hubo incidentes reseñables, solo que, por primera vez en España, votaron las mujeres.

Por mi parte, fue estupendo ser un observador privilegiado del evento electoral. Creo que, ese día, comencé a interesarme por la política, las cuestiones sociales y las relaciones laborales. Me interesé por el significado de las elecciones, quién las convocaba, los partidos y sus líderes o la interpretación que se daba de los resultados.

Comprobé que era un sistema electoral mayoritario de listas abiertas que premiaba a las candidaturas que obtuvieran más votos, por lo que los partidos que consiguieran presentarse en coalición

conseguían un mayor número de diputados que si se presentaban en solitario.

El resultado de las elecciones de noviembre de 1933, en las que votaron por primera vez las mujeres (6.800.000 censadas), fue la derrota de los republicanos de izquierda y de los socialistas y el triunfo de la derecha y del centroderecha, debido fundamentalmente a que los partidos de esa tendencia se presentaron unidos formando coaliciones, mientras que la izquierda se presentó dividida.

Sin más hechos de mención, transcurrió el curso que finalizó exitoso para mí y para Inés, que también aprobó el primer curso del segundo ciclo de secundaria.

Había sido una experiencia maravillosa. Un mundo nuevo de amistades sinceras —Pedro, Palmira, Adela, etc.— se reveló para mí; una autonomía personal maduró mi identidad de adolescente timorato; libé el placer intelectual de acceder a saberes desconocidos; me conciencí de problemática social, laboral y política de mi provincia abandonando postulados de acomodado burgués; descubrí mi capacidad de adaptación a los imponderables vitales transigiendo los consejos de tía Enriqueta o ejerciendo de hermano mayor de Inés. Con la emotiva despedida de la tía, dejamos Teruel rumbo a casa donde nos esperan unas merecidas vacaciones.

La llegada al pueblo fue apoteósica. Parabienes y agasajos por doquier nos hicieron actores de hipócritas farándulas de pródigos hijos que regresan al feudo familiar desde tierras lejanas. Semejante actuación nos devolvió a la cotidianeidad del lugar sumergiéndonos en la esperada rutina de siempre. Pareciera que salimos ayer porque todo nos pareció invariable. Rostros campesinos curtidos por soles inclementes; gentes laboriosas faenando sin cesar; bulliciosos chiquillos recreándose en sus trastadas; taciturnos ancianos al reser de la solana; fámulos resignados a buscar el sustento diario; ricachones arrogantes paseando su opulencia; aguadoras amas de casa colmando sus reservas y avituallando despensas; famélicos ca-

nes en posturas indolentes; en fin, la inalterable estampa del medio rural conservador, rancio e impenetrable.

Nosotros éramos los mutantes contaminados, los volubles tornadizos, los frívolos caprichosos que reniegan del costumbrismo tradicional y no reconocen a sus paisanos, no identifican sus paisajes o no acatan sus rutinas. Un año fuera nos había desarraigado sobremanera como para sentirnos extraños en él. No nos veíamos bien del todo. Estábamos avergonzados por la mudanza, incompreensión e indiferencia. Sin embargo, creímos sensación pasajera y que todo se normalizaría.

Efectivamente, a los pocos días todo tornó amigable y familiar. Recuperamos espacios infantiles, la casona, las rutinas, las compañías, la gastronomía favorita —aquí mi madre se superó— y nos comportamos como obedientes y cariñosos hijos de nuestros padres. Vamos, que nos sentimos integrados nuevamente en nuestro amado pueblo —aunque reconozco que Inés fue más rápida—.

Además de los encuentros con los tíos —Manuel y Mercedes— y primos —Andrés, Alfonso y Marta—, pues, Manuel era hermano de mi padre, la primera y obligada visita que hice fue a D. Saturnino, el maestro. Él había sido mi mentor en los estudios y mi apoyo en las dudas y flaquezas. Se merecía, por mi parte, toda consideración, respeto y cariño.

—Enhorabuena, Mateo —me saludó efusiva y cariñosamente en espontáneo apretón de manos. Un poco tímido, devolví la zalema con sincera alegría y contesté:

—Gracias, D. Saturnino, ¿cómo está usted?

—Bien, bien, muchacho —dijo, mientras me invitaba a sentarme frente a él.

Me recibió en el pequeño despacho de su casa. Una añeja y ennegrecida mesa de profesor le servía de escritorio. Sobre ella, una usada vade al lado del hueco para la pluma y el tintero, un pequeño cuaderno de apuntes, la guía enciclopédica, un libro abierto de poesía de García Lorca y varios volúmenes más, apilados en

una esquina. El cuarto, escasamente iluminado por un ventanuco, presentaba una decoración sumaria y sobria. En la pared de enfrente, una estantería repleta de obras amenazaba desmoronarse. Una pequeña bombilla empolvada era la alternativa de luz artificial.

—Dime, Mateo, ¿qué tal la experiencia? —me preguntó curioso, mientras ordenaba el escritorio.

—La verdad es que me costó un poco la adaptación a la Normal. La poca funcionalidad del edificio no favorecía la organización de espacios y horarios y resultó algo caótico el comienzo de la actividad lectiva, por lo que la planificación perdía eficacia. Afortunadamente, se dieron cuenta e introdujeron los cambios oportunos mejorándola sustancialmente —comenté interesado.

—Veo que manejas ya un nuevo vocabulario. ¿Qué me dices de las asignaturas? ¿Te han interesado? —me interrogó con aire de suficiencia.

—Por supuesto, D. Saturnino. Ya conoce mis ansias de saber, mi interés por lo nuevo, mi disposición al aprendizaje. Todos los contenidos me han motivado, pero especialmente la psicología. Siento pasión por ella. Su estudio y, sobre todo, su aplicación en la escuela me parecen vitales e inexcusables —respondí con resolución.

—Estoy de acuerdo —asintió convencido.

—Y los profesores, ¿qué te parecieron? —inquirió con interés profesional.

—Bueno, pues hay de todo, claro. En conjunto, forman un equipo docente competente y cualificado. Hay un catedrático, D. Rodolfo Tomás y Samper, de gran experiencia y prestigio en el ámbito educativo, que es toda una referencia para nosotros. Palmira, una compañera y amiga de segundo curso, dice que es un pedagogo de primer nivel en España —aseveré con solemnidad—. ¿Lo conoce D. Saturnino?

—Naturalmente, Mateo, ¿cómo, no? —contestó con rotundidad y cierto mosqueo.

—Todavía no he tenido a D. Rodolfo como profesor, pero veo que será un honor disfrutar de su sabiduría y experiencia. Todo un lujo, sí señor —afirmé con gran satisfacción.

—Efectivamente, Mateo, un orgullo y un privilegio para la Escuela Normal de Teruel —ratificó solemne D. Saturnino.

—Y el nuevo Plan Profesional, ¿qué opinión te merece, muchacho?

—Pienso que es un plan innovador, serio y completo. Dará categoría a la formación de los maestros, elevando su nivel cultural y acercándonos a la preparación universitaria. Además, el hecho de realizar la oposición para entrar en la escuela garantiza el trabajo posterior, evitando competencias funestas y dañinas durante los estudios que pudieran distraernos de una preparación responsable y formal. Estoy completamente identificado y comprometido con él —le respondí con sinceridad que él agradeció asintiendo mis palabras.

Noté al maestro satisfecho de lo que oía. Agradeció nuevamente mi visita y me ofreció su disposición total para lo que necesitara.

—Gracias, señor. Hasta pronto —dije mientras me levantaba y le tendía la mano de despedida. Él correspondió al saludo y con semblante nostálgico me dijo:

—Adiós, Mateo, disfruta de tus vacaciones.

El verano transcurrió con rapidez asombrosa. Ayudé a mi padre en la administración y contabilidad de la economía familiar, reanudé los contactos con los amigos de la infancia, participé de la vida social y cultural de mi pueblo y menudeé las charlas con el maestro, que se convirtió en mi asesor y confidente.

Me imbuí en la lectura con fruición. Descubrí al Lorca más auténtico, me sedujo la elegancia y sobriedad de Machado, el aliento marinero de la musicalidad de Alberti y me sorprendió la frescura comprometida de Miguel Hernández. Aprendí geografía e historia de la mano del costumbrismo realista de Galdós, Valera, Pereda, etc. D. Saturnino me introdujo también en la narrativa rusa de los Tolstoi y Dostoievski. Léí y leí todo lo que cayó en mis manos:

obras de Azorín, Unamuno, Larra, Espronceda, etc. e incluso me acerqué al pensamiento de Ortega o Giner de los Ríos. Los fondos bibliográficos de las Misiones Pedagógicas de mi pueblo —que gestionaba D. Saturnino— fueron una bendición para mí.

Todo este empacho cultural estimuló mis ganas de escribir algo. Necesitaba plasmar, de alguna manera, mis inquietudes adolescentes; me urgía expresar por escrito mis dudas existenciales; requería asimismo declarar mis anhelos y formular voluntades de futuro. Para ello, necesitaba la intimidad necesaria que no tenía en el pueblo con mi hermana y mis primos siempre revoleteando por casa. Encontré la solución en la soledad silenciosa de la sierra.

Mi familia poseía un respetable rebaño de ovejas y cabras que guardaba un pastor asalariado de mi padre. Tanteé la posibilidad de convertirme en su ayudante o sustituto eventual. Sin un compromiso serio, se me permitió subir, de vez en cuando, al promontorio ríscoso donde se ubicaba la *paridera* donde se encerraba al rebaño. Una pequeña cabaña con cobertizo de soportal aliviaba los rigores estivales y permitía tomar la fresca, abstraerse, cavilar sin que nadie perturbara la introspección y luego pernoctar dentro. Resuelto a soportar las escasas posibilidades de habitabilidad del chamizo, me escabullía, a menudo, de la tutela familiar para pasar tardes y noches deliciosas de quietud, meditación y examen.

I.2.- Curso 1934-35

El comienzo del curso 1934-35 ve aparecer un Mateo nuevo. El adolescente melindre, timorato e inseguro ha madurado intelectualmente para afirmarse resuelto y audaz. Sin embargo, el último estirón ha desgarrado mi cuerpo y parezco un desgachado larguirucho patoso y torpe. Desaliñado por una ropa inapropiada —se me ha quedado pequeña— y por embozado bigote y una incipiente perilla, semejo un vagabundo bohemio sin recursos.

Todas estas circunstancias no serán óbice para que inicie el curso con interesada motivación y responsabilidad. Más compañeros —repetidores e incorporaciones nuevas— y profesores diferentes dan novedad a un 2.º curso que complementa el currículo cultural con la incorporación de la Pedagogía. De esta asignatura espero mucho, pues la va impartir D. Rodolfo Tomás y Samper, el maestro de maestros, cuyo panegírico me hizo D. Saturnino con tanto encomio.

Parece que la planificación de la Normal es más racional y lógica, sin disfunciones y desconciertos serios.

Otra sorpresa agradable que tuve fue conocer a Palmira. La verdad es que fue ella la que se me presentó, al parecer por sugerencias familiares. Palmira Pla es de Cretas (Teruel), un pueblo cercano al nuestro en el que mi madre tiene parientes que le hablaron de una chica que también estaba estudiando Magisterio en Teruel. El caso es que Palmira se enteró de que estaba allí y quiso conocerme.

Efectivamente, Palmira es una mujer solidaria y muy sensible a la problemática social. El analfabetismo le preocupa especialmen-

te como forma de esclavitud individual y colectiva. La enseñanza obligatoria pública, universal y gratuita debe ser realidad como derecho fundamental irrenunciable del pueblo que pretenda el sueño igualitario. Como mujer, Palmira no transige, no soporta la falta de escolarización femenina cuyo analfabetismo la entierra en la ignorancia dependiente que limita sus aspiraciones liberadoras e igualatorias. A tal fin, dedica parte de su tiempo y arrastra voluntades como la mía y la de Pedro que nos ha convencido a ayudarla.

Palmira nos fue contagiando su entusiasmo y fogosidad social para involucrarnos en el compromiso de la escolarización femenina en Teruel. Henos aquí, pues, varias tarde semanales colaborando con ella en esta noble y solidaria tarea. La experiencia resultó apasionante y enriquecedora. Además, descubrí la esencia del sindicalismo y el compromiso social del asociacionismo político de izquierdas. Canalicé mis inquietudes intelectuales ratificando y consolidando los principios y convicciones personales que estructurarán mi forma de ver la realidad cotidiana. Palmira estimulará mi espíritu crítico orientando mi personalidad hacia el librepensamiento, la tolerancia y la solidaridad. Ella acentuó mi fe republicana, que comprometerá mi devenir vital.

Otra circunstancia novedosa de este principio de curso fue la extraña atmósfera ambiental que inspiraba Teruel. Un vaho etéreo de crispación envolvía la ciudad los primeros días de octubre. Los ánimos estaban exaltados por la huelga de la construcción que había durado casi un mes. Se percibían miradas nerviosas en rígidos ademanes con aceleración de movimientos impropios de una ciudad pausada y calma como Teruel.

—¿Qué le pasa a la gente? —le pregunté a Palmira, una tarde que paseábamos por el centro de la ciudad. Me miró a los ojos y titubeando, hacía poco que nos conocíamos, pronunció una misteriosa frase para mí.

—¡Revolución, huelga general revolucionaria! —sentenció convencida.

—Huelga general revolucionaria, ¿qué es eso? —repliqué con escepticismo.

Sabía que estaba bien informada de la situación política y social del país, así que su afirmación tendría fundamento.

—Pues, es un intento de derribar al Gobierno para conseguir el poder mediante una huelga general pacífica que pudiera derivar, incluso, en una insurrección armada —afirmó con rotundidad.

Sin más explicaciones, nos separamos. Yo rumiaba sus palabras, intrigado y expectante. Los días siguientes confirmaron las sospechas de Palmira, lo cual afianzó mi admiración por ella.

Mi hermana Inés vino diciendo que en el instituto había mucho revuelo y se hablaba de huelga general en la enseñanza pública. La tía Enriqueta se alteró mucho y sufrió un ataque de ansiedad. Yo no quise decir que en la Normal se comentaba lo mismo. Recibimos, asimismo, noticias de casa con la recomendación de que fuésemos prudentes. Mis padres mencionaban la agitación convulsiva del campo bajo aragónés y de las cuencas mineras amagando coacciones y atropellos.

—Hasta que no se tranquilice la situación, no debéis salir de casa —dijo la tía Enriqueta con cierto histerismo.

—Pero, tía, aquí en Teruel, todo está tranquilo —repliqué enfadado porque había quedado con Pedro para dar una vuelta.

—Me limito a seguir las recomendaciones de vuestros padres. ¡La tranquilidad solo es aparente! Esta mañana, en el mercado, he sido testigo de agresiones verbales y altercados desagradables nunca vistos —sentenció con autoridad inusual.

—¡No se enfade, tía! —dijo Inés, sumisa.

—Perdóname, cariño, pero no quiero que os pase nada —contestó conciliadora.

—Venga, vamos a la mesa. No creo que porque perdáis algunas clases se resienta vuestro rendimiento —opinó mientras nos daba un abrazo protector.

Efectivamente, en Teruel, el sábado día 6 de octubre, había aparecido una nota pidiendo la realización de una huelga general. Fue-

ron hechas algunas detenciones en la Casa del Pueblo y cursada una nota oficial en la que se manifestaba que aquellos obreros que no se reintegrasen al trabajo se considerarían despedidos. El paro se extendió principalmente por la cuenca minera, de incidencia ugetista, y entre el personal del ferrocarril Teruel-Alcañiz. Hubo algunos intentos insurreccionales en pequeños pueblos como Anadón, Huesa, etc. Días más tarde, eran destituidos los concejales socialistas de diversas localidades de la provincia —Monreal del Campo, Alfambra...—. Asimismo, hubo algunas detenciones.

A mitad de semana, la rutinaria tranquilidad y la monótona calma amenazaron el olvido de las revueltas. La ciudad recobró el ritmo hacendoso de sus gentes, que relajaron semblantes tornados a la animosidad y alegría.

Sin embargo, mi amigo Pedro estaba inconsolable. Su euforia inicial fue diluyéndose conforme se apagaba el ímpetu revolucionario. Había colaborado con mucha ilusión y entusiasmo para el triunfo de la misma. Me confesó que pertenecía a las Juventudes Socialistas, cuyas directrices y consignas había acatado con fe y disciplina en esperanza de conseguir los objetivos. Echaba pestes de la Guardia Civil como cuerpo represor y de las autoridades fascistas ordenantes de venganzas revanchistas contra el pueblo trabajador.

No supo concretarme los promotores de la revolución, ni los porqués, ni las causas del fracaso. Naturalmente, yo tenía mucho interés en conocer con detalle lo que luego se llamó Revolución de Octubre española de 1934.

Como siempre, recurrimos a Palmira en busca de la luz ignorada. No tuvo inconveniente en ofrecernos su parecer y dictamen sobre los sucesos acontecidos.

—Palmira, acertaste tu diagnóstico, ¿no? —la interrogué con intención.

—No era muy difícil, si estabas al corriente de la actualidad política —sentenció con aplomo.

—Explicate, Palmira —repliqué con rapidez.

Hacía frío y nos propuso entrar en un café de la plaza del Tori-co para poder hablar sin reservas.

—Veréis. El 5 de octubre de 1934 es la fecha que señala la puesta en práctica de las advertencias socialistas ante una posible participación en el Gobierno republicano de las *occidentalistas* fuerzas de CEDA, formación de las derechas católicas que había experimentado un considerable auge durante el bienio azañista, configurándose tras las elecciones de 1933 como la primera fuerza parlamentaria del país.

—Pero, ¿cómo se había llegado a esa situación? —preguntó Pedro, sin comprender.

—A esta situación, es sabido, se había llegado como consecuencia del fracaso de la colaboración gubernamental de los socialistas con el republicanismo de izquierda entre 1931 y 1933. La crisis de esta política condujo al socialismo español a retornar, en 1933, a su tradicional política de aislamiento con la burguesía. En esta ocasión, la radicalización le llevó a adoptar posiciones revolucionarias, basadas ideológicamente en un análisis de enfrentamientos, frontal y mecanicista, de clase (proletariado) contra clase (burguesía), ¿entendéis? —hizo una pausa en su discurso para comprobar el efecto de sus palabras. Pedro y yo nos miramos desconcertados y atónitos, pero maravillados por la elocuencia de nuestra amiga.

—La verdad es que nos hemos perdido un poco —contestó Pedro muy interesado en la argumentación.

—Entiendo que el socialismo español deje de contemporizar y quiera conseguir el poder, pero, ¿por qué ahora? ¿Es razón suficiente el que Gil Robles y su CEDA entren en el Gobierno para poner al país al borde del abismo? —objeté con énfasis vehemente.

—No es tan simple, Mateo. No demonices la intentona socialista a la ligera. Piensa que España no está sola en el mundo —matizó Palmira.

—¿En qué estás pensando? —inquirió Pedro, sin entender la dimensión introducida.

—Analicemos el contexto internacional, Pedro. El fantasma del fascismo ascendente (Austria, Alemania, Italia, etc.) ha puesto en guardia a los socialistas españoles sobre la inminencia de un proceso, que valoran como similar en nuestro país, que debía ser cortado en su nacimiento, dándose con ello paso a la creación de un nuevo poder, un nuevo tipo de democracia social.

—Entonces, ¿tú crees que, en España, se daban las condiciones para conseguir ese nuevo poder, ese nuevo tipo de democracia social? —pregunté con duda y suspicacia al mismo tiempo.

—El instrumento capaz de propiciar esta política, la Alianza Obrera, quizá no estaba, a la altura de octubre de 1934, suficientemente desarrollado. Las Alianzas, apoyadas en su nacimiento a finales de 1933, aunque con distintas interpretaciones y tácticas, por socialistas, comunistas heterodoxos (Maurín, Nin...) y cenetistas escindidos (Pestaña, López...), no logran incorporar hasta mediados de septiembre de 1934 a los comunistas; restando la ausente CNT, a excepción de la Regional de Asturias, gran parte de su eficacia en las inminentes acciones —pontificó Palmira.

—¿Cuál fue el pretexto para desencadenar la huelga general revolucionaria de octubre? —preguntó Pedro con el fin de concretar un poco.

—Está claro, ¿no? —respondió Palmira, un tanto mosqueada—. La *inevitable* ocasión insurreccional se presentó con motivo de la crisis de gobierno radical a mediados de septiembre. Gil Robles presionó la entrada de CEDA en el Gobierno aun a sabiendas de la posibilidad de la reacción socialista. Y esta se desata a partir de la tarde del 4 de octubre, al tiempo que los medios informativos daban cuenta del nuevo Gobierno radical-cedista. La dirección de este movimiento de oposición va a estar en manos de los socialistas, siendo secundario, de apoyo, el papel que estos otorgaban a las Alianzas —explicó Palmira.

—Palmira, ¿dónde ha tenido el movimiento insurreccional más incidencia? —interrogué interesado.

—Ha presentado diferentes modalidades según zonas, variando entre la declaración de huelga pacífica y la insurrección armada. El rápido fracaso insurreccional de Madrid ha hecho que el movimiento se concentre principalmente en dos zonas: Cataluña (donde el enfrentamiento de la Generalidad con el gobierno de Madrid ha hecho de aquella un aliado de la Alianza Obrera) y Asturias.

—¿Y en Aragón?² —preguntamos a la vez Pedro y yo.

2 La situación de Aragón puede considerarse intermedia. En Teruel, ya sabéis lo que ha ocurrido. En , la conflictividad social tras las elecciones de 1933 se ha mantenido insistente en 1934, siendo impulsada en estos momentos por los socialistas (huelga general en Zaragoza de 36 días en mayo, huelga general campesina propiciada por la FNTT-UGT en junio). El 5 de octubre de 1934, en Zaragoza, se confirman los rumores de paro de la noche anterior. Los sectores laborales afiliados a la UGT no asisten esta mañana al trabajo: empleados de espectáculos, camareros, peluqueros, artes gráficas, músicos y panaderos. Un amplio sector de los tranviarios ugetistas, así como de los empleados de algunos bancos (Aragonés y Zaragozano) y alguna contada obra de la construcción. Pero la huelga no es general. La CNT —en estos momentos su comité nacional residía en Zaragoza— no secunda el paro. La Federación Local de Sindicatos Únicos (CNT) envió para su aprobación al Gobierno Civil una nota, posteriormente difundida, que afirmaba textual y taxativamente su negativa a participar en una huelga entendida como «movimiento político». La ciudad apareció este viernes sin periódicos, a excepción del órgano de las derechas zaragozanas, El Noticiero, cuyos trabajadores no estaban afiliados a UGT. Esta situación durará hasta el martes. Por otro lado, los servicios ferroviarios sufren anomalías debido a la situación catalana. Numerosos grupos se estacionan en la plaza de la Constitución y en el paseo de la Independencia, siendo invitados a disolverse. Son detenidas algunas personas.

En la provincia, los sucesos más graves tienen lugar en las Cinco Villas, comarca zaragozana con mayor arraigo socialista y numerosos alcaldes de esta filiación. Las tres localidades más conflictivas de la zona van a ser Uncastillo, Tauste y Ejea. Junto a ellas, destacará Mallén. El proceso insurreccional va a ser en todas ellas similar. Durante la madrugada (el viernes en Uncastillo y Mallén, el sábado en las otras dos) es ocupado el ayuntamiento y colocada la bandera roja en el balcón. Acto seguido, los manifestantes armados se dirigen a la casa cuartel de la Guardia Civil, quedando sitiada al negarse sus fuerzas a reconocer el nuevo poder. En el caso de Tauste, el pregonero voceó por las calles el anuncio de la nueva situación. Las comunicaciones quedaron cortadas. Son enviados desde Zaragoza rápidamente refuerzos policiales a estos pueblos, que enérgicamente los vuelven prontamente a la normalidad. En los duros enfrentamientos, dos guardias civiles y un revolucionario mueren en Uncastillo; en Mallén, dos guardias muertos, un capitán, seis números y nueve paisanos resultan heridos. El paro afectó, asimismo, durante el viernes, notablemente a otras localidades de la provincia, como Gallur, Magallón, Calatayud (huelga de camareros) y Caspe, dándose algún incidente de menor cuantía.

El sábado 6 se declara el estado de guerra. El gobernador resigna el mando en la autoridad militar. En la plaza de Aragón, en Zaragoza, se realizó una manifestación de fervor españolista. Posteriormente es leído el bando y es declarada la ley marcial.

Por toda respuesta nos leyó parte del informe interno que la UGT había enviado a la Ejecutiva de Madrid.

De cualquier manera, quedamos impresionados de lo bien informada que estaba, así como de la interpretación de lo que había sucedido. Se había hecho tarde, pero antes de levantarnos y a modo de conclusión le pregunté a Palmira:

—¿Qué consecuencias, crees tú, se derivarán de esta huelga general revolucionaria?

—No lo sé, pero la insurrección en Asturias ha terminado en un baño de sangre. Numerosas personas han sido detenidas en todo el país. La fractura social se ha ahondado con terribles represalias por parte de la derecha en el poder. Me temo que esto no ha sido más que un primer acto de la tragedia colectiva de dos Españas irreconciliables cuya beligerancia helará el corazón de la tolerancia, el respeto y la comprensión —se la veía alicaída y pesimista.

—¿Y referente a los partidos y sindicatos contendientes? —preguntó Pedro.

—Para que madurase esa idea de asalto al poder, ha faltado unidad, coordinación y preparación política. Quizá haya sido un buen ensayo que pudiera cuajar en el futuro, tal vez. Sin embargo, para las dos tendencias dominantes en el PSOE que habían caminado juntas: Prieto, representando el sector centro del partido, defendiendo la legitimidad republicana; Largo Caballero, representante de la izquierda socialista, profundizando hacia la revolución social, tras octubre de 1934, creo que la separación de las dos tendencias

Esa noche se reincorporaban al trabajo los empleados de espectáculos. El domingo 7 —la Generalidad se había rendido— era clausurado en Zaragoza el centro de Izquierda Republicana y detenidos algunos de sus líderes, como el exdiputado Venancio Sarriá. Continuaba la huelga de los gremios de UGT, aunque al día siguiente esta empezaba a debilitarse, al reintegrarse un sector de obreros panaderos y de grafistas, haciéndolo por la tarde algunos tranviarios. Son destituidos los Ayuntamientos de Uncastillo, Ejea, Tauste y demás corporaciones que hubieran apoyado implícita o expresamente el movimiento. El martes 9 quedaba terminada la huelga con el restablecimiento de todos los servicios. Ese día era detenido Antonio Plano, alcalde de Uncastillo y exdiputado provincial; el día anterior lo había sido el alcalde de Ejea, Juan Sancho; numerosos concejales socialistas son destituidos y detenidos, entre ellos los seis del Ayuntamiento zaragozano, que se unen a las docenas de detenidos en la cárcel a la espera de inminentes consejos de guerra.

se ahondará, sumiendo al partido en una profunda crisis de identidad.

Así terminó aquella memorable tarde de análisis de la Revolución de Octubre del 34, en la que nuestra concienciación política se reforzó sobremedera y la admiración por Palmira adquirió categoría de devoción referente.

El curso transcurrió rápido y sin novedades dignas de mención. Eso sí, la Revolución de Octubre supuso un punto de inflexión en el despertar de nuestras convicciones sociales y políticas que nos llevaron a polemizar sobre cualquier asunto público que afectara a nuestros derechos y libertades.

La prensa diaria, las huelgas, la agitación social, la situación internacional, etc. eran analizados en las tertulias de estudiantes hasta el punto de relegar los asuntos propios de nuestro quehacer cotidiano.

El furor revolucionario se aplacó, se mitigaron las represalias, se suavizó la acritud y la crispación, pero permaneció latente el revanchismo, la venganza y el desquite. En el momento propicio, retornarían la violencia y el enfrentamiento y el choque de las dos Españas.

Palmira acabó con brillantez el tercer curso y la posterior reválida final. Finalizaba su estancia en la Normal, ya que el próximo curso ocuparía una plaza de maestra. Ya sabía que lo iniciaría en Rubielos de Mora (Teruel) y terminaría en un colegio de capital. Su ilusión era la nuestra. Sentiremos su marcha, pero esperamos verla con frecuencia suficiente para que siga siendo nuestro referente vital y profesional. Como Pedro, Adela y yo también habíamos acabado con éxito el segundo curso, una gran despedida de exaltación de la amistad, el compañerismo y la juventud nos dispersó a los solares familiares con la promesa de mantener contactos epistolares o telefónicos durante las vacaciones.

Inés y yo fuimos recibidos con júbilo y alborozo por nuestros familiares y amigos. No extrañamos tanto el pueblo como el curso

anterior, pero percibimos ciertos cambios en los semblantes y las miradas de nuestros convecinos.

Mi padre parecía ausente, distraído, taciturno. Unas veces se mostraba atento y cariñoso con nosotros y otras buscaba el retraimiento y el retiro.

—Mamá, ¿qué le pasa a papá? —le pregunté un día que estábamos solos en la cocina.

—¡Eres buen observador, hijo! Tú también te has dado cuenta, ¿verdad? —contestó con cierta seriedad.

—Sí, lo noto preocupado, abstraído, inquieto —ratifiqué enseguida para seguir el interrogatorio.

—¿Tenéis problemas de pareja? —le espeté por sorpresa.

No esperaba semejante pregunta. Sorprendida y un poco sonrojada, me contestó con rapidez.

—No, no, cariño, no te preocupes. Todo va bien entre nosotros —replicó con dulzura—. Tu padre es muy sensible a la injusticia y el atropello. Después de los oprobios e infamias injustificadas que se cometieron tras las movilizaciones de octubre pasado, los braceros andan levantiscos y díscolos. Los amos los ningunean con escasos jornales y salarios cicateros; se mofan de sus quejas y necesidades y se muestran déspotas y tiranos en los tajos. Eso es lo que dice tu padre.

—¿Y qué pasa con el reparto de las tierras comunales? ¿Por qué no se expropián los yermos y las tierras mal cultivadas? ¿Por qué no se aplica mínimamente la reforma agraria? —inquirí con cierto enfado.

Mi madre me miró con cariño, no exento de orgullo, y me dijo con algo de amargura:

—El Gobierno prácticamente ha derogado la Ley Agraria. Ha reforzado el autoritarismo y la tiranía, dando a la Guardia Civil carta blanca para que actúe con dureza, al menor atisbo de revuelta. Tu padre se siente decepcionado al frustrarse las esperanzas depositadas en la República. Su impotencia lo deprime, pues se siente

presionado e incluso amenazado por la liga de caciques comarcales que no permiten cuestionar sus reglas —recalcó mi madre muy preocupada.

Esta íntima plática con mi madre despejó mis dudas sobre la actitud de mi padre. Sentía una gran admiración por él. Su tesón y laboriosidad le habían convertido en un hacendado pujante y respetado. Al contrario que otros poderosos, era afable y justo con los jornaleros. Se interesaba por sus familias, era solidario con sus problemas y compartía muchas de sus ideas. Era frecuente verlo departir con ellos en los tajos dando las órdenes con firmeza, pero sin gritos, improperios o humillaciones. Era el amo, pero trabajaba como ninguno; exigía con consideración y respeto. Por eso, nunca le faltaban braceros cumplidores y agradecidos. Sus convecinos sabían de su honradez y admiraban su sensibilidad para los problemas del pueblo, por lo que pedían constantemente que presentara su candidatura a la alcaldía del pueblo. Los actuales munícipes eran títeres en manos de los oligarcas del lugar.

Naturalmente, también tenía sus detractores. Los caciques, comandados por el tío Roque, veían en él un óbice inconveniente a sus planes de avaricia y mezquindad. Odiaban su talante indulgente y generoso para con los débiles, pero, al mismo tiempo, envidiaban su ascendiente y autoridad con las gentes o el influjo que su personalidad ejercería en la voluntad de los ciudadanos en las próximas elecciones.